

quema la sustancia negra. Mucho más importante que la homosexualidad de Jean Cocteau, de lo que tanto se ha hablado, resulta su adicción —nunca curada del todo— al opio: esa fascinación por los espejos —narcisismo que está a un paso del solipsismo—, por la muerte —que surge del espejo, del abismarse en sí mismo—, la frialdad absoluta y casi etérea que baña su obra entera, son producto del opio.

Otro opiómano ilustre fue Thomas de Quincey: erudito inglés del siglo XIX, comenzó a utilizar la droga como analgésico, para aliviar los dolores que le producía un dolor de muelas reumático. Poco a poco, y a lo largo de años, su adicción fue aumentando, convirtiéndose en doble fuente de horror y éxtasis para aquel hombre extraño y torturado, al que podría considerarse —por su incansable colaboración en revistas y periódicos, así como por su vasta erudición— el inventor de los reportajes literarios y científicos. Quincey pudo analizar su adicción en un trabajo bastante lúcido, "Las confesiones de un comedor de opio inglés" (2). Este largo ensayo autobiográfico, precursor en cierto modo de los trabajos psicoanalíticos, no se limita a ser un recuento de visiones de droga, más o menos poetizadas,

(2) Existen varias ediciones en castellano de "Las confesiones de un comedor de opio inglés": la de "La Fontana Literaria"; la de Seix Barral, dentro de un tomo de "Obras escogidas" de Thomas de Quincey, y la más reciente: "Confesiones de un comedor de opio inglés", traducido por Horacio Quinto. Producciones Editoriales, S. A., colección "Star-Books".



Jean Cocteau.

sino que en él analiza el autor todas las circunstancias de su vida peculiar, y describe con bastante realismo la existencia en la Inglaterra del XIX, consiguiendo de ese modo proporcionar al lector atento un análisis de las causas que le llevaron a utilizar la droga.

En el siglo pasado, el opio —y el láudano, licor medicinal a base de opio— era en Inglaterra una droga popular, mucho más popular que el alcohol, por más barata. Los trabajadores se gastaban sus jornales los sábados en proporcionarse una fugaz borrachera que les hacía olvidar las infrahumanas condiciones de vida a que se veían sometidos. Puede decirse que la gran moda del opio se debe, en gran parte, al imperialismo británico, que facilitó y abarató su adquisición en Oriente, y a la revolución industrial, que hizo de los trabajadores seres presas del sufrimiento y necesitados de evasión.

El opio —la droga en general— sigue siendo problema; ahora son los alucinógenos, o ese derivado del opio mucho más nocivo que es la heroína. Sin embargo, hay un problema que subyace al de la droga, que le da su fuerza: el sufrimiento, la inadaptación, el malestar producido por una sociedad aberrante. Todo esto se ve claramente en la obra maestra de Thomas de Quincey. ■

EDUARDO HARO IBARS.

### Estructura e Historia

Si la vida intelectual europea de los cincuenta estuvo dominada por el apasionante debate entre el marxismo y el existencialismo sartriano, la década siguiente conocerá la rápida expansión de un movimiento que, situado inicialmente a un nivel epistemológico, irá transformándose en un discurso antihumanista de fuerte contenido ideológico. El estructuralismo, enraizado en la lingüística y la etnología, acabará invadiendo todos los campos del saber y dará origen incluso a una nueva lectura del marxismo: la althusseriana.

Es verdad que en los dos o tres últimos años, la "moda estructuralista" ha ido poco a poco cediendo terreno y que los

debates al respecto han perdido buena parte de su original virulencia; sin embargo, muchos de los problemas entonces suscitados continúan en pie. De ahí la oportunidad de un texto como el de Maurice Godelier, que, con el título de "Funcionalismo, estructuralismo y marxismo" (1), viene ahora a aclarar ideas y despejar ambigüedades.

Godelier centra su análisis en las ideas que de la noción de "estructura" tienen el empirismo funcionalista, por un lado, y el estructuralismo y el marxismo, por otro.

Un funcionalista ortodoxo como Radcliffe-Brown concibe la estructura social como la "disposición de las personas en unas relaciones definidas y reguladas institucionalmente"; es decir, con referencia al aspecto visible de lo real y a las teorías que los actores sociales tienen respecto de sus reciprocas relaciones. Para Lévi-Strauss, por el contrario, la estructura no se manifiesta en las relaciones directamente observables, sino que es una especie de orden subyacente. Es precisamente esta lógica profunda lo que el antropólogo o el sociólogo han de tratar de explicar sirviéndose de modelos que no serían, en cualquier caso, meras construcciones teóricas, tal y como los concibe Leach, sino que corresponderían a una "realidad" fuera de la mente del observador.

Ahora bien —señala Godelier—, tal noción de "estructura" coincide de modo sorprendente con las tesis expuestas por el propio Marx en "El capital".

También para Marx, el científico no debe fiarse en ningún caso de las representaciones espontáneas de los individuos, es decir, de sus propias teorías en torno a la realidad social. Así, por ejemplo, un concepto como el de salario escamotea la relación real entre el capital y el trabajo. Al igual que Lévi-Strauss, Marx señala la necesidad de descubrir la "forma nuclear interior" de las relaciones económicas. Resulta fácil establecer una analogía entre esa "forma nuclear interior" a que alude "El capital" y la "estructura" tal y como la concibe Lévi-Strauss.

Por desgracia, ese fructífero paralelismo cesa en cuanto se

(1) Cuadernos Anagrama, Barcelona, 1976. Traductor: Joaquín Jordá.

trata de analizar la relación entre estructura e historia. Godelier señala a este respecto lo discordancia existente entre la teoría claramente marxista que señala la estrecha dependencia entre transformaciones ideológicas y transformaciones sociales en "El pensamiento salvaje", y las tesis posteriores del propio Lévi-Strauss en torno al carácter contingente de los acontecimientos históricos.

Godelier explica esta incapacidad del análisis estructural para "abarcar la historia" por el modo unilateral como enfoca Lévi-Strauss las relaciones de parentesco; así se fija única-



Claude Lévi-Strauss.

mente en las formas que adoptan esas relaciones en los distintos tipos de sociedades con vistas a integrarlas en un sistema único y totalizador, descuidando el aspecto funcional del problema, es decir, la manera en que esas relaciones de parentesco se articulan con las restantes estructuras para formar sistemas sociales concretos.

Para Godelier, eso es precisamente lo que puede hacer un marxismo convenientemente depurado de toda ganga dogmática: descubrir, más allá de las meras formas, las condiciones necesarias para la aparición, transformación y desaparición de las estructuras sociales; estudiar la sociedad a partir del modo de producción y reproducción de su vida material. Sólo así se logrará conciliar por fin estructura e historia. Y el nudo gordiano quedará resuelto. ■

JOAQUIN RABAGO.